

José León Tapia
La ciencia descansa en su palabra

Andrea Daza Tapia

Resumen

La medicina lo atrapó desde su infancia para luego entrelazarla con la creación literaria. Desde su Barinas natal, logró su empeño y modernizó la práctica profesional. En 2004 declinó el Premio Nacional de Literatura aturdido por el clima de conflicto que ha dominado a Venezuela en los últimos tiempos y para preservar su obra de connotaciones políticas nunca buscadas por él. En conversación con su nieta mayor se descubre como un eterno nostálgico.

Medicine caught him in his childhood, to stretch out with literary creation. From his native Barinas, he got the determination to modernize professional practice there. In 2004 he declined the National Prize of Literature stunned by the climate of conflict that has prevailed in Venezuela in the last times and to preserve his work from political connotations never intended in his mind. In conversation with his elder granddaughter he is discovered as an eternal nostalgic.

Fantasmas de la infancia

Compromiso grande es ese de ser médico,
 así lo he sentido muchas veces al darme cuenta de que después de adquirirlo,
 es indispensable cumplirlo a cabalidad si se quiere mantener
 la dignidad de la palabra empeñada.

JLT, *El Compromiso de ser médico*

“De hematuria se murieron dos tíos míos; de perniciosa, tres primos hermanos, sin contar infinidad de amigos y compañeros de escuela que agonizaban de pronto sin haber cumplido quince años”. Tal era el panorama que describe José León Tapia en *Los Años del olvido*, conjunto de relatos que se mantuvieron inéditos hasta 1989 con la publicación de sus obras completas. En realidad, desde julio de 1963 esperaban en su gaveta.

Retoma la historia: “Ni la perniciosa ni la hematuria tenían curación y por eso el pueblo se sintió tan contento la tarde cuando llegó un doctor extranjero quien, según decían los rumores, traía unas ampollitas italianas para terminar con el fantasma de la muerte”. En realidad, el doctor Addimandi logró salvar enfermos, pero no a Laura Contreras: “... Me solidaricé con él en su derrota”, escribe Tapia al narrar la despedida de una de sus primas. Episodios como éste fundaron en él la simiente de la vocación. El doctor intentó tanto cuanto pudo, pero el paludismo resultó más fuerte.

Más de cuarenta años después, descansa José León Tapia en bata y pantuflas en el patio de Santa Inés, la casa donde vive sobreviviendo a la canícula barinesa. Allí toma fresco para entonces, recordar: “En mi familia y en mi pueblo no existían médicos. Un tío abuelo llamado José María Tapia Iriarte era quien tenía conocimientos empíricos para resolver los problemas urgentes. Eso era por los alrededores de 1935”, quizás sería luego de que el doctor Addimandi cambiara Barinas por Roma.

Tapia Iriarte tenía una botica. Y en ella, todo se resolvía. Aunque hubo casos de gran dificultad como aquella vez que tuvo que hacer una amputación de brazo a un muchacho, luego de que le estallara una bola de dinamita envuelta en hilo de pescar. El sobrino estaría presente para observar.

Pero de todos, hubo un lance definitivo: “Vi morir de mengua a un primo de mi padre con una herida de puñal en el abdomen y creo que desde ese momento tomé la decisión de ser médico. Yo debía tener unos diez años de edad. Eso me decidió, sobre todo por la cirugía”. La planta empezó a germinar.

Así se iba la vida en esos años distantes donde la muerte continuaba llegando sin aviso.
Llegaba arropada por la lluvia de pozos estancados, lechos de anófeles,
lunares negros en las paredes blancas, alas zumbantes,
música de los atardeceres y paludismo en sus agujijones golosos de sangre.

JLT, *Evocaciones en lejanía*

Itinerario médico

La primaria la estudió en Barinas y el bachillerato en La Salle de Barquisimeto. En la Universidad Central de Venezuela pudo desarrollar su ímpetu hacia la medicina: “Mis profesores de aquel tiempo fueron, en pregrado, el Dr. José Izquierdo y el Dr. Francisco Monbrún, ambos en anatomía; y el Dr. García Arocha en fisiología. En la clínica, en los últimos años de medicina tuve como maestros a los cirujanos Miguel Pérez Carreño, Pedro Blanco Gasperi, Fernando Rubén Coronil y Augusto Díez”. Al graduarse, emprendió raudo regreso a Barinas como médico rural de Torunos y San Silvestre, “pueblos distantes de la capital, que estaban en las condiciones más precarias”.

Tapia continuó el ejercicio profesional “donde nació toda mi familia”. Se desempeñó como médico interno y residente del viejo Hospital Razetti de Barinas hasta que lo atajó la duda: “Llegó un momento en el que noté que en Barinas no existían especialistas en ninguna área para ejercer la medicina moderna”. El progreso empezó por él: “Concurse para el primer curso de postgrado de tres años y seis meses efectuado en el Hospital Vargas, Universitario y Oncológico Razetti”. De nuevo en Caracas... menuda aberración para tamaño barinés. Quedarse no era una alternativa: “Mi compromiso personal y ético era regresar a trabajar por una medicina moderna”. Así fue.

En compañía de José Ignacio Baldó, jefe de servicios médicos de sanidad y creador de cursos de postgrado, Tapia seleccionó a un grupo de diez médicos: “Jóvenes barineses para que se especializaran en las modernas disciplinas que carecían. Al regresar, ellos establecieron un equipo multidisciplinario con la suerte de poder publicar diferentes trabajos científicos sobre las enfermedades, acompañados por el patólogo alemán Eberhart Sauerteik”.

Le tocó practicar por primera vez en la zona y publicar sus trabajos de la cirugía mayor: “Eso me dio posición de pionero y durante treinta años fui jefe del departamento de cirugía del Luis Razetti de Barinas; formando, con todo el equipo, un distinguido grupo de profesionales con alto sentido de trascendencia, con profesionalismo y moralidad”. Vio la moderna transformación del edificio Luis Razetti, con una sola diferencia: “Se introdujo un factor desconocido en la actividad científica, la política”.

Explica Tapia cómo durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez se trató de imponer un personal sin credenciales, rompiendo la seriedad del proceso: “Ante nuestra resistencia, fui jubilado y desde entonces ejerzo la medicina privada con los mismos pacientes o sus descendientes de hace treinta años, y que ahora, con muy escasos recursos, pueden ser atendidos sin que jamás se niegue a nadie la atención, sea pagante o insolvente”.

En paralelo, se ha dedicado a trabajar en el Internado Judicial de Barinas: “Me he mantenido allí sin pedir jubilación porque ver tanta miseria, depravación, injusticias, especulación e inocentes condenados... me da fuerzas e incluso rabia que me permite tratar de ayudarlos hasta donde pueda. Es un verdadero calvario que llevo con cierto estoicismo para mi sensibilidad social. Es horrible”.

No hay medicinas, se agotaron las placas de rayos X, no hay reactivos de laboratorio, se terminó el presupuesto, emergencia del Colegio Médico, viaje de los Directivos de Sanidad, paros médicos y de nuevo a trabajar, al resolverse parcialmente el problema, en ese continuo hacer y deshacer en que se prolonga la asistencia pública en este país.

JLT, Cuando se alarga la esperanza

La parentela en su circuito

“A Carmen Dolores la conoció en una fiesta de estudiantes y desde ese momento, no la dejaría ir. Tanto fue que la trajo a Barinas con una promesa: “No te preocupes Carmela que esto será sólo durante un año”. La abuela, con su nombre cambiado por el marido, siempre ríe al recordar que ese año de promesa ha sido el más largo de su vida: “Ha durado más de cuarenta”. Ahora a ella también cuesta sacarla de Barinas.

El matrimonio daría frutos a tres coquetas jovencitas: María Soledad la mayor, Beatriz Dolores la del medio y María Carolina, la más pequeña. En un accidente de tránsito, Beatriz se despediría para la eternidad, apagando por siempre la música de la casa y dejando a su paso una estela de tristeza e incomprensión. Apenas tenía quince años.

“Pero como el destino cruel a veces se hace compasivo”, se lee en *Evocaciones en lejanía*, “me la devolvió con un hijo que ha sido mi ilusión tardía en la incertidumbre mortal de la vejez”. Así entra en el cuadro el travieso José León, que creció influenciado por su padre para terminar en la práctica de la medicina, incluso eligiendo el camino compartido de la cirugía.

Beatriz significaría un detonante: “Al quedarme solo en la ciudad, en ausencia de mi esposa que viajó a Caracas por la gravedad de Marisol” —la mayor sobreviviría a la tragedia—, “en esa vieja casa de Barinas me encontré con los fantasmas que aparecen en mis 18 libros”. Desde entonces, ese verbo “escribir” se ha convertido en infalible cápsula de escape.

Llega la encrucijada

La tristeza y la nostalgia formaron equipo con un arsenal de experiencias de vida que deseaban ser contadas: “Llegó un momento en que esa medicina para todos, con interés científico de trascendencia, con el cambio económico y social de la ciudad, día a día ha venido transformándose en un comercio inalcanzable para las clases desposeídas ante el deterioro cada vez más grande de los servicios públicos”. Pero no se trataba de denuncia social, aunque siempre ha estado como un fondo difuso; esa nunca ha sido la intención de sus libros.

“Anímicamente influyó la cantidad de anécdotas e historias, recuerdos de una familia como la mía, que tiene no menos de cinco generaciones en Barinas. Y en mi casa, por boca de mis abuelos y otros antecesores, desde mi infancia se me fue llenando la mente de un pasado de historia oral que se hubiera perdido”. La historia oficial no se pierde nunca. Está en los archivos. Pero la otra, no. Esa es la que le interesa a José León Tapia.

La Editorial Centauro, propiedad de José Agustín Catalá, se encargó de publicar sus obras: *Los Años del olvido*, *Cuando se alarga la esperanza*, *Por aquí pasó Zamora*, *Maisanta: el último hombre a caballo* (reeditada en este momento por Alfadil Ediciones), *El tigre de Guaitó*, *Tierra de Marqueses*, *La Música de la Charnelas*, *La Heredad*, *Viento de huracán*, *Ezequiel Zamora a la espera del amanecer*, *La saga de Los Pulido*, *Retazos del olvido*, *En el país de la memoria*, *El Compromiso de ser médico*, *Bajo el sol de los siglos* y recientemente entre otras, *Evocaciones en lejanía*, publicada por la Federación Médica Venezolana.

“Yo escribo sobre hechos convencionales”, suelta como si tuviera que justificarse, “historias propias o contadas por ancianos con quienes siempre tuve contacto hasta el día de su muerte. Todos estos hechos, antes de escribirlos, tienen su confirmación en el tiempo, sucedidos en la historia real que siempre consulto para no transformar, al novelar un suceso, en una charlatanería vulgar”.

Ahí reside la sustancia de su escritura. Logra relacionar lo poético con lo histórico sin desfigurar la realidad. En muchas oportunidades, levanta los testimonios orales de sus informantes para luego organizarlos por secuencias y capítulos.

Hay voces críticas que le atribuyen un costumbrismo muy arraigado y a la vez, un tratamiento voluble de la historia. En la introducción de *Maisanta*, publicado hacia finales de los setenta, Tapia reconoce sin ninguna complicación: “Si llega a caer este relato en los círculos intelectuales cultivados, a lo mejor les resultará extraño que un cirujano como yo, se esté ocupando de estas cosas, pero me ha llevado a ello el hecho de ver como cada día se escribe, se canta, se hace música, se pinta, buscando siempre fuentes de inspiración ajenas a nosotros, a pesar de que hay en este país inmensas posibilidades que surgen con sólo hurgar un poco en el alma de nuestro pueblo”. De eso se trata su escritura, de rescatar la historia y contarla por quienes la vivieron y la sintieron para aquellos que la dejaron pasar de largo.

Los últimos años de su vida los ha dedicado a disfrutar el amor de su familia. Las hijas en Caracas, el adulto José León en Mérida; el cariño se da desde la distancia con la diana en Barinas. Lo rejuvenecen las visitas de sus nietos más jóvenes: Mariana la de menor edad, seguida por José Eduardo. En su eterna Barinas busca el descanso con su compañera leal, la abuela Carmen. “Aquí estoy, siempre en busca del sosiego necesario en un país como el mío, tan distorsionado por el ambiente político de odio y de retaliaciones de los bandos en contienda, que hieren profundamente mi sensibilidad. Sin embargo, continúo escribiendo como una forma de catarsis a tantas inquietudes que atormentan mi mente”.

El retorno a la medicina

El tormento se genera al comparar la cirugía que aprendió en el postgrado y que ejerció durante treinta años con la práctica actual: “La tecnología no se había impuesto sobre el razonamiento clínico que en aquel tiempo era nuestro armamento. Toda la cirugía actual, logramos hacerla en aquel momento con ese método. Lo que no entiendo ahora, y se lo digo a José León, es el hecho de que los médicos actuales, en su gran mayoría, piden primero todas

las exploraciones de la tecnología de punta sin tener un diagnóstico previo. Lo cual equivale a tener el carro por delante de los bueyes". Más de una vez se le escuchaba alarmando exclamar, luego de que el paciente le recitara la lista de exámenes: "¡Cayó en manos de la ciencia!"

Echa de menos la formación humanística y cultural, sólida e indispensable que tenían los médicos de antaño. Pero tampoco cree que todo esté perdido, como siempre, guarda la esperanza de que el patrón no sea absoluto. Finalmente, Tapia cierra: "La medicina ha sido lo principal en mi vida. Por eso escribo, para presentar mi propio mundo, como me lo dijo Orlando Araujo".

Por eso lo digo y lo reafirmo: ser médico es un compromiso ineludible, del que debe alertarse a la juventud seguidora de una profesión que, después de adquirida, obliga a cumplirla hasta el momento de la muerte.

JLT, *El Compromiso de ser médico*